



ALIU T

HISTORIA DE NAPOLEON.

JUGABAN un día varios niños á los soldados frente á una modesta casa de campo de las cercanías de Madrid, y se complacía un anciano inválido, que se hallaba sentado á la puerta tomando el sol y fumando en su pipa, en contemplar el infantil ardor de aquellos niños, que remedando armados de palos y sarmientos los combates guerreros, quizá algun día serían grandes generales é intrépidos soldados, que sostendrían el honor del pabellon español.

—Yo soy Napoleon! dijo uno de ellos, Pepito, que con un sable de palo dirigia con afectado aire marcial la infantil tropa.

Yo soy Napoleon!— Conmovióse el pecho del anciano inválido al oír este nombre, que él había escuchado en ocasiones solemnes y sangrientas.

—Sabeis quién fué Napoleon, hijos míos? les dijo alzando su pipa, y extendiendo para levantarse la única pierna que le quedaba, porque la otra era de palo.

—No: cuéntanoslo tú, Miguel, gritaron á una todos los niños; cuéntanoslo: ¡nos gustan tanto esas cosas que cuentas de guerras y batallas; y además todos los días oímos hablar de ese Napoleon!

—Os lo contaré, dijo el inválido, que, como todos los que han sido militares, hallan un encanto en entretener á los que los oyen con las relaciones de sus batallas.

Rodeáronle los niños, y Miguel con aire majistral y satisfecho les dijo:



NAPOLÉON.

Ya que deseais, niños míos, que os hable del guerrero que conmovió á toda la Europa, llevando sus armas hasta el Egipto, prestadme atención, y os diré lo que yo mismo he presenciado, porque he servido con las tropas que en el Norte estuvieron con el Marqués de la Romana, habiendo militado á las órdenes del moderno Alejandro.

Napoleon nació en Córcega, isla francesa, alumbrada por el ardiente sol de la Italia, y aunque su madre quiso consagrarle á Dios, Napoleoncillo abrazó la carrera de las armas, sentando plaza, por decirlo así, de jefe; pero antes había estudiado muy bien y distinguiéndose en todos los colegios. Apenas tenía veinte

y tres años, de resultas de la toma de un puerto llamado Tolon, donde hizo ver á los generales mas hábiles que no entendian una jota acerca de cómo deben maniobrar los cañones, se puso á la cabeza de un ejército que debia marchar á Italia, y se hallaba completamente desnudo y falto de municiones.

Bonaparte, porque entonces no se le conocia con el nombre de Napoleon, organizó el ejército, y aunque solo eran treinta mil contra ochenta mil alemanes, les zurró en Montenotte, los apaleó en Rívoli, Lodi, Arcola y Millesimo, no dejándolos parar en parte alguna. Acostumbrado el soldado á vencer, Napoleon envolvió á los generales alemanes, que no sabian donde meterse: jugó con ellos á la pelota, y hasta les copó algunas veces diez mil hombres, rodeándolos con solo quinientos franceses. En fin, se apoderó de sus cañones, víveres, dinero y municiones, y hecho dueño de la Italia, se encaminó á Viena; pero los príncipes enemigos pedian la paz, y fué necesario concedérsela.

Los republicanos de París (porque la Francia estaba gobernada por una especie de república) temieron á Napoleon, y le dieron orden de ir al Egipto con sus tropas, creyendo se contentaría con mandar en aquella parte del Asia.

Napoleon, que se subdividía como los cinco panes del Evangelio, dirigiendo la batalla de dia y preparándola de noche; Napoleon, que ni comia ni dormia, viéndole los centinelas ir y venir á todas horas, era adorado por la tropa. Así es que estos se pusieron en movimiento con la mayor satisfaccion, llegando á Tolon, desde donde debian dirigirse á Egipto.

Los ingleses, que le aborrecian, cruzaban por aquellos mares; pero Napoleon dijo á sus soldados al embarcarlos que no los verian, y así sucedió. De paso se apoderaron de Malta y abor-daron á Egipto, donde siempre ha habido ejércitos tan numerosos como las hormigas, y que es el país de los cocodrilos, edificándose en él pirámides como montañas, en las cuales entierran á sus reyes. El general los encargó que no tocasen ni á una hilacha, y así lo hicieron.

Los habitantes, que al principio tuvieron mucho miedo, quisieron despues habérselas con Napoleon; mas repartiendo sa-blazos acá y allá, penetró hasta Alejandria y Gisel, haciendo alto en frente de las pirámides. Aunque era preciso marchar por arena, y el sol los achicharraba, Napoleon se apoderó del Alto y Bajo Egipto, de la Arabia, y de regiones donde habia millares de estatuas y (no os asusteis, queridos,) una ininidad de lagartos!

Mientras los franceses se ocupaban en dominar á los turcos, los ingleses les quemaron la escuadrilla, viniendo á interrumpir sus victorias la peste que asaltó al ejército. Sin embargo, los mamelucos quisieron atacarlos en los hospitales; pero los derrota-

ron completamente con particularidad en la batalla de Aboukir, donde con pérdida de solo trescientos hombres vencieron al grande ejército de los turcos, fuerte de veinte y cinco mil hombres chapazando en la mar á una gran parte.

Entretanto la Francia, gobernada por imbéciles que se ocupaban en charlar, no habia sabido librar á sus ejércitos de algunas derrotas, y Napoleon se propuso vengarla siendo su libertador. Embarcóse pues en una cáscara de nuez, un buquecillo que se llamaba *la Fortuna*, y en un abrir y cerrar de ojos, en las barbas de la Inglaterra, que le tenia bloqueado con navios de línea, desembarcó en Francia.

Los mandarines, esto es, el consejo de los quinientos, quisieron echársela de valientes; pero Napoleon los hizo saltar por las ventanás, y nombrado consul, volvió la tranquilidad á su pais. No obstante, habia algunos enemigos á quienes escarmentar, y dicho y hecho; los austriacos pagaron el pato en Marengo, los alemanes pidieron perdón, la Europa recojió velas, y la Inglaterra se marchó con la cabeza baja y el rabo entre las piernas.

Entonces fué nombrado emperador, verificándose una ceremonia nunca vista. El Papa y sus cardenales con sus vestidos morados pasaron los Alpes expresamente para consagrarle en presencia del ejército y del pueblo que aplaudian con furor por haberlos librado de la revolucion.

Después marchó el emperador á Milan para coronarse por rey de Italia, y á su vuelta á Francia se ocupó en organizar el pais, consumiendo tres años en edificar puentes, palacios, en abrir caminos, en proteger las ciencias y las artes, en promulgar leyes, y en habilitar puertos, construyendo buques de todos tamaños, y en conciliar á los franceses con el Papa Pio VII por medio de un tratado que se llamó *concordato*.

Entonces, cuando se hallaba contento en su trono, y la Europa le pedia permiso para todo, se acordó de que tenia cuatro hermanos y tres hermanas, y se propuso dar á cada uno de ellos un reino. Los reyes que se hallaban muy bien en sus puestos, dijeron que no, y entonces comenzó un zipizape de mil demonios. La lucha fué tan cruel, que si los franceses no hubiesen estado persuadidos de que tarde ó temprano habian de morir, se hubieran cansado de guerrear; pero les dió por hacerse matar sin decir una palabra que revelase disgusto: y sus hermanos fueron reyes.

Yo que os hablo, queridos niños, he visto en París á Napoleon escoltado por once reyes y rodeado de un pueblo de príncipes; pero para sostener sus coronas, era preciso dar batallas como la de Austerlitz, donde maniobró el ejército como en orden de parada; Eylau, donde fueron aniquilados los rusos, y

Wagran, donde se batieron por espacio de tres dias sin el menor tropiezo.

Por lo que hace á España, las cosas iban entonces como el diablo quería. Había un favorito que perseguía al hijo del rey, que todo lo mandaba, y las cosas iban de mal en peor hasta 1808. Carlos IV, á fuerza de ceder á cuanto quería Napoleon, esperaba escaparse sin guerra; pero en marzo de 1808 un ejército francés formado en Bayona pasó los Pirineos á las órdenes de Murat, y se adelantó lentamente hácia el Portugal; pero aguardando órdenes para apoderarse de Madrid. Hubo en esta capital y en Aranjuez un gran motin contra el Principe de la Paz, que era el favorito del rey, y éste, que estaba desde el principio de su reinado fastidiado de los negocios, abdicó la corona en su hijo el Principe de Asturias, que tomó el nombre de Fernando VII. Muy pronto las intrigas de la reina madre, que no bajaba con gusto del trono, y las tramas urdidas por Murat, que á pretexto de la revolución de Aranjuez habia entrado con su ejército en Madrid, embrollaron á la familia real. El jóven monarca Fernando se vió obligado á comparecer en Bayona á presencia de Napoleon. Carlos IV y su esposa y el Principe de la Paz, escapado á la venganza popular, fueron allá tambien, y hubo una de San Quintín entre la familia real. Carlos IV retractó su abdicación, y cedió sus derechos por un tratado formal al Emperador de los franceses. Fernando VII tuvo que consentir á la fuerza. Los reyes padres con el Principe de la Paz, que tenia la culpa de todo, fueron á Marsella, y Fernando VII y sus hermanos fueron prisioneros al castillo de Valencey. Napoleon confirió el trono de España á su hermano José: una junta española convocada en Bayona recibió una constitución de su mano; pero la España dijo que no quería mas rey que el suyo, y llamando *Pepe botellas* y *el tórtoli* al nuevo rey, comenzó una heroica resistencia de seis años. El 2 de Mayo se alzó el pueblo de Madrid, que fué sacrificado por Murat. En todas partes se combatió, y vencedores unas veces como en Bailen, derrotados otras como en Ocaña, el valor español no se abatió. *No importa!* contestábamos á las desgracias, y redoblábamos el ardor. El mismo Napoleon vino á España y no pudo con nosotros; arrojamos á los franceses de nuestro suelo, y plantamos nuestras banderas dentro del mismo Francia, al lado de los ingleses; pero yo, voto á *cribas!* dejé en S. Marcial esta pierna, que he reemplazado con una de palo; mas volvimos á tener nuestro rey Fernando VII, el padre de nuestra jóven reina Isabel II.

No teniendo hijos de su primera mujer Napoleon, la dejó, y casi todos los soberanos de Europa se apresuraron á ofrecerle nueva esposa; pero se casó con una austriaca, la cual le dió un hijo, que ya al nacer era rey de Roma, cosa nunca vista, porque

jamás hombre alguno había sido rey en tanto que su padre vivió ocupando el trono.

El emperador de Rusia, que se había enfadado porque Napoleón no se casó con una rusa, se unió á los ingleses, eternos rivales de la Francia, y Napoleón se propuso dar en tierra con estos pájaros de mar, después de ajustar las cuentas al autócrata, que así se llama el emperador de Rusia.

Reunió un millón de soldados, y halagado por el Austria, la Prusia, Baviera, Sajonia, Polonia é Italia, se encaminó á Rusia, acampando en la Moscowa, donde poco después alcanzó una gran victoria, derrotando á los rusos que se batieron como leones.

«A Moscou!» les dijo luego, y se dirigieron hácia la capital de la Rusia; pero los rusos prendieron fuego á la ciudad, durando el incendio dos días seguidos, espectáculo horrible que se divisaba desde ocho leguas.

Trataron entonces los franceses de volverse; pero el invierno les sorprendió en el camino, pudiendo asegurarse que desde que el mundo es mundo no se ha visto semejante potaje de soldados, carruages y artillería, sepultados en montones de nieve, bajo un cielo tan ingrato. Napoleón, inmóvil cerca de un puente, miraba la pérdida de sus tesoros, de sus amigos y de sus fieles mamelucos; y cada vez que pasaba una águila, que eran sus banderas, se quitaba el sombrero, gritando con voz de trueno: «¡Viva la Francia!» Oh! y sin embargo dícese que aquella noche lloraba la suerte de sus pobres compañeros!

A poco reunió otro ejército, y aunque se componía de bisoños, venció en Dresde, Lutzen y Bautzen. Con todo, la Europa se coligó contra Napoleón, y entonces fué preciso defender la Francia, invadida por los aliados. Sitiado París, Napoleón quiso defenderse, pero los habitantes tuvieron miedo, y abrieron las puertas á los extranjeros, proclamando á los Borbones que vagaban desterrados por la Europa. Entonces se despidió Napoleón del ejército, y se retiró á la isla de Elba, donde permaneció algún tiempo.

Cuando mas descuidada se hallaba la Europa, se embarcó el emperador en la misma cáscara de nuez que le trajo de Egipto, y barbeando con los buques ingleses, desembarcó en Francia con doscientos hombres, haciendo pocos días después su entrada triunfal en París, para colocarse de nuevo en la silla imperial.

Rehizo sin detencion el ejército, y marchó á Waterlóo, donde fué derrotado; y aquella noche en presencia del resto de sus tropas, sobre el mismo campo regado con la sangre de sus mas fieles soldados, quemó sus banderas y sus águilas, las pobres águilas que habían tendido su triunfante vuelo por toda la Europa, diciendo siempre *adelante!* Todos los tesoros de la lugla-

terra no pudieron alcanzar ni una.... ala de estas águilas!... Allí perecieron!...

Triste y resignado se acogió Napoleon á los ingleses, invocando su generosidad; pero estos lo encerraron en la isla de Santa Elena, isla casi desierta, y que está situada sobre una roca de diez mil pies de elevacion sobre el mundo. Allí le clavarón, y allí permaneció hasta su muerte; y hoy descansa en París, porque la Francia, queridos niños, y el sabio rey que la gobierna han conocido que debían satisfacer los deseos del capitán del siglo, reducidos á que sus restos reposasen á las orillas del Sena, al lado del pueblo que tanto habia amado! Ved el fruto de los grandes talentos, y la inconstancia de la suerte!

El bueno de Miguel calló, y Pepito dirigiéndose á los demás niños, que habian vuelto á ponerse en formacion, blandiendo su espada de palo, les gritó: *armas al hombro! err! Marchen!* y continuaron sus juegos.



HISTORIA SAGRADA.

LOS JUECES,

Ó LA INGRATITUD DEL PUEBLO DE ISRAEL.

1.

DÉBORA.

Luego que murió Josué, los hijos de Israel consultaron al Señor para saber quien marcharía á su cabeza, y los dirijiría en la guerra contra los Cananeos.

Judá fué escogido por Dios. Se puso á la cabeza de los Hebreos, y destruyó el ejército enemigo. Adonibecce fué cogido, y para castigarlo de haber hecho cortar las estremidades de los pies y de las manos á setenta reyes que habia vencido, le hicieron morir de la misma manera. Judá tomó en seguida á Jerusalem y la saqueó. Como la proteccion del Señor no lo abandonaba, venció todos sus enemigos, y se hizo dueño de todas las montañas; mas no pudo destruir á los que habitaban en el valle, porque tenían una gran cantidad de carros de guerra, con cuchillas en las ruedas.

El pueblo de Israel, embriagado con sus victorias, creyó que su poder residia en él mismo y no venia de Dios. Olvidando sus milagros y sus bondades durante todo el tiempo que habian atravesado el desierto, los Hebreos abandonaron el culto de sus padres, y adoraron dioses extranjeros. El Señor viendo su ingratitude resolvió castigarlos. Los entregó en manos de sus enemigos, que los vendieron como esclavos á las naciones vecinas. Su miseria se hizo extrema, porque el brazo de Dios los alcanzaba en cualquier lugar que estuviesen.

Queriendo arrancarlos de esta vida criminal, el Señor los sometió al poder de jueces que les nombró; mas ellos rehusaron obedecerlos.

Para hacer cesar los males que los agobiaban, se sometieron y lloraron, hasta que los jueces los libraron de sus enemigos. Entonces levantaron de nuevo sus cabezas, y marcharon sin temor por el camino del crimen.

El Señor en lugar de exterminar los pueblos que habitaban la tierra prometida, así como lo había pensado, resolvió dejarlos existir, á fin de que sirviesen á su cólera contra los Hebreos. Chusan, rey de Mesopotamia, los tuvo en esclavitud durante ocho años.

Fueron puestos en libertad por Otoniel, que el Señor animó con su espíritu.

El país permaneció en paz durante cuarenta años. Entonces los Israelitas que continuaban insultando al Señor con el culto de los falsos dioses, fueron sometidos durante diez y ocho años á Eglon, rey de Moab; despues, durante otros veinte años, á Jabin, rey de los cananeos.

En este tiempo vivía una mujer llamada Débora, y que era la esposa de Lapidoth, uno de los jueces del pueblo; era santa á los ojos de todos, porque el Señor la protegía. Viendo la desolacion de Israel, imploró á Dios; despues inspirada por su espíritu, hizo venir un hebreo llamado Barac, y le dijo:

—«El señor Dios de Israel os ordena conducir diez mil combatientes sobre el monte Tabor. Cuando esteis en el torrente de Cison os llevaré á Sisara, general del ejército de Jabin, con todos sus carros y sus tropas; despues los entregaré entre vuestras manos.»

Barac siguió estas órdenes, y partió acompañado de Débora. Sisara habiendo sabido que ellos se aproximaban, hizo reunir sus novecientos carros armados de cuchillas, y se puso en marcha con su ejército para llegar al torrente de Cison. Débora dijo entonces á Barac:

—«Animo! porque el Señor os guía, y os entrega á Sisara.»

Al mismo tiempo Dios infundió terror á Sisara; abandonó sus carros, y huyó á pié, dejando su ejército expuesto al furor de los Israelitas, que lo destrozaron.

Sisara perseguido por sus enemigos se refugió á la tienda de Jahel, mujer de Haber Cinéen. Esta mujer inspirada por Dios, lo mató, y libró así el pueblo de Israel de aquel que tanto lo habia oprimido. Débora cantó entonces un cántico de accion de gracias al Señor.

—Toma un toro de siete años. Derriba el altar de Baal, y corta por el pie todos los árboles que lo rodean. Levanta un altar al Señor sobre la cima de la piedra que ha servido de sacrificio, y ofrece en holocausto el toro, que quemarás con las ramas de los árboles que has cortado.

GEDEON. Gedeon escucha las órdenes. Al día siguiente los ángeles de la ciudad, habiendo venido por la mañana, vieron el altar de Baal destruido, los árboles cortados y el toro quemado.

La bondad de Dios, y el generoso perdón que habia concedido á los Israelitas, se olvidaron muy pronto. Por eso durante

siete años gimieron bajo el yugo de los Madianitas, que destruían sus cosechas, y venían á poner sus tiendas en medio de sus campos, dejando apenas lo que era necesario para el alimento de sus ganados. Los Hebreos se arrepintieron en fin de su conducta, y suplicaron al Señor que fijase un término á sus males.

Dios les envió un profeta, es decir, un hombre inspirado por él, que les reprendió sus culpas.

Después, el ángel del Señor vino á sentarse bajo una encina perteneciente á Joas. Su hijo Gedeon estaba ocupado entonces en trillar el trigo, y encerrarlo para ocultarlo de los Madianitas.

El enviado de Dios se le apareció, y le dijo:

—El Señor está contigo, ó el mas fuerte de los hombres!

—Por qué tantos males han caído sobre nosotros, si Dios nos protege? respondió Gedeon. Él nos abandona y nos deja sin fuerzas en medio de los Madianitas.

—Vé, que yo te he escogido para libertar á Israel.

—Cómo lo podré yo hacer? sabeis que mi familia es la última de Manasés, y que yo soy el último de la casa de mi padre.

—Nada temas; yo estaré contigo, y tu derrotarás á tus enemigos como si fuesen un solo hombre.

—Siendo así, mostradme por una señal, que vos sois quien me habláis. Voy á ofreceros un sacrificio. Esperad mi vuelta.

Gedeon entró en su tienda, hizo cocer un cabritillo, tomó harina, panes sin levadura, y habiendo puesto la carne en un canasto y el jugo de la carne en un vaso, lo llevó todo bajo la encina.

El ángel del Señor le dijo:

—Toma la carne y los panes sin levadura, ponlos sobre esta piedra, y derrama el jugo encima.

Gedeon obedeció. Entonces el ángel tocó la carne y los panes sin levadura con la varilla que llevaba en la mano. Al punto salió de aquella piedra un fuego ardiente que consumió la carne y los panes. Al mismo tiempo el mensajero de Dios desapareció de la vista de Gedeon.

Este levantó en aquel lugar un altar al Señor, que le dijo á la noche siguiente:

—Toma un toro de siete años. Derriba el altar de Baal, y corta por el pie todos los árboles que lo rodean. Levanta un altar al Señor sobre la cima de esta piedra que ha servido á tu sacrificio, y ofrece en holocausto el toro, que quemarás con las ramas de los árboles que has cortado.

Gedeon ejecutó las órdenes de Dios. Al día siguiente los habitantes de la ciudad, habiendo venido por la mañana, vieron el altar de Baal destruido, los árboles cortados y el toro puesto sobre la piedra.

—Quién ha cometido este crimen? exclamaron.

—Es Gedeon, dijeron, despues de haber indagado largo tiempo. Joas, vé, y traenos á tu hijo. Es preciso que muera por el sacrilegio que ha cometido.

—Acaso debeis vosotros vengar á Baal? respondió Joas. Si es Dios, que el se vengue y castigue á aquel que ha destruido su altar.

Durante este tiempo los Madianitas, los Amalecitas y los otros pueblos del Oriente se reunieron todos, y despues de haber pasado el Jordan, vinieron á acamparse en el valle de Jezraël.

Gedeon, animado por el espíritu del Señor, tocó la trompeta, y reunió los soldados de Israel; despues dijo á Dios: —Si quereis serviros de mi mano para salvar á Israel, cómo me lo habeis dicho, mostrádmelo. Voy á poner este vellon en la era donde trillo mi trigo. Si el rocío cae sobre él solamente, dejando la tierra seca al rededor, reconoceré que vos me habeis elegido.

Este prodigio se verificó. Entonces Gedeon pidió que al contrario la tierra fuese cubierta de rocío, y que el vellon permaneciese seco. El Señor accedió á sus deseos, y mostró así la voluntad de sostener á Gedeon.

—Al día siguiente pues Gedeon reunió el pueblo, y conforme á las órdenes del Señor, dijo:

—Que se retire el que sea tímido y le falte brio en el corazón. Veinte y dos mil hombres volvieron sobre la montaña. Quedaron diez mil, entre los cuales el Señor escogió trescientos.

Gedeon marchó con ellos contra los Madianitas. Luego que llegó cerca de su campo, separó sus soldados en tres trozos. Les dió trompetas en las manos, y cántaros en medio de los cuales se encontraban lámparas.

—Haced lo que me veréis hacer, les dijo Gedeon. Cuando toque la trompeta imitadme y gritad todos juntos: La espada del Señor y de Gedeon!

Hicieron un gran ruido en tres sitios del campo, rompieron sus cántaros, y teniendo en la mano derecha sus lámparas y en la izquierda sus trompetas que tocaban á un tiempo, y gritaban: es la espada del Señor y de Gedeon!

Los Madianitas, sorprendidos, espantados se levantaron en desórden, y tomándose por enemigos, volvieron sus espadas los unos contra los otros, y se mataron mutuamente.

El resto huyó, y fué muerto por el ejército de los Hebreos. Algunas tribus se insurreccionaron porque Gedeon habia marchado sin ellas contra los enemigos. Los castigó severamente.

Todo el país permaneció en paz durante cuarenta años, bajo el gobierno de Gedeon, que murió muy anciano.

RECUERDOS DE ALFIERI.

Voy á trasladar al MENTOR, niños míos, algunas palabras de Alfieri, uno de los poetas mas célebres de la Italia moderna. Leedlas con atencion, y os entristeceréis un poco; pero despues os hará reir lo que cuenta del pobre mancebo, á quien ayudaba en sus tareas literarias.

«Cuando yo tenia ocho años, dice Alfieri, ningún castigo me imponia tanto como el de enviarme á misa con la cofia, en que por la noche me recojian los cabellos.

La primera vez que fuí condenado, (ya no me acuerdo por qué fué) mi maestro me llevó de la mano hasta la iglesia de los carmelitas, iglesia abandonada, en cuya vasta estension jamás se hallaron cuarenta personas reunidas. Sin embargo, me afligió de tal modo este castigo, que por espacio de tres meses no dí el menor motivo para que me reprendieran.

Pensando despues en cual podría ser el origen de tan profunda impresion, lo atribuí en primer lugar, á que creia que por necesidad todos los ojos se habian de fijar en mí, cuando debia estar feísimo y deforme con aquel extraño peinado, y en segundo á que tambien me figuraba que todos me tendrían por un malhechor al verme castigado tan horriblemente.

Pero el efecto extraordinario de este castigo habia llenado de alegría á mis padres, y mi maestro apenas yo cometía una falta, me amenazaba con la maldita cofia, lo cual era suficiente para que al momento comenzára á temblar, dedicándome con el mayor afán á mis estudios.

No obstante, cometí una falta grave, y para salir del paso dije á mi madre una mentira imprudente, siendo condenado en castigo á llevar la cofia, con la particularidad de que en vez de á la iglesia desierta de los carmelitas, debia ser conducido á la de San Martin, situada en el centro de la ciudad, y muy frecuentada á las doce por la gente elegante.

Ay! cuánto no fué mi dolor! Rogué, lloré, y me entregué á la mas completa desesperacion; pero todo fué en vano, y aquella noche, que creí era la última de mi vida, fué tan cruel, que á pesar de algunos cortos instantes de sueño, creo no haber pasado nunca otra igual.

Cuando la hora de mi suplicio llegó, partí llorando y dando

berridos, tirado del brazo del maestro y empujado por un criado que me acompañaba. Así atravesé dos ó tres calles desiertas; pero luego que entré en las que se hallaban frecuentadas y en las contiguas á la iglesia de S. Martín, enjugué mis lágrimas, y empecé á caminar en silencio á muy buen paso, pegándome al vestido de mi maestro para que ninguno me viese.

Así llegué á la iglesia, donde entré sin ver nada, porque habia cerrado los ojos, no abriéndolos hasta que me arrodillaron en el sitio que me habian destinado; pero los volví á cerrar, y aunque los abrí de nuevo nada ví, saliendo en un estado completo de estupidez para tornar á casa con la muerte en el corazón, y creyéndome deshonorado para siempre.

No quise comer, ni hablar, ni llorar en todo el día, y mi dolor fué tan violento que por espacio de muchos dias estuve enfermo, sin que mi madre, que me adoraba, y se asustó extraordinariamente, permitiese que me nombráran ni una vez sola el suplicio de la cofia.

Yo por mi parte en mucho tiempo no dije una mentira, y acaso debo á la dichosa cofia el ser hoy uno de los hombres que menos mienten.

Cuando cumplí trece años era muy chico, muy débil y de extremada delicadeza, lo cual no me impedía concurrir á la clase, y uno de mis condiscípulos, de mas edad que yo y sobre todo de dobles fuerzas y mucho mas ignorante, me obligaba á que trabajase por él, haciéndome este sublime argumento:

— «Si trabajas por mí, te doy dos pelotas para que juegues,» y me las enseñaba, notando yo que eran muy bonitas, de cuatro colores, bien cosidas, y que botaban perfectamente. «Si no trabajas por mí, continuaba, te doy dos puñetazos;» y levantando su fuerte mano la suspendia sobre mis pobres costillas.

Yo inclinaba los hombros y hacia la composicion, trabajando al principio fielmente y segun mi leal saber: el maestro estaba estupefacto con los progresos inesperados del que hasta entonces habia pasado por un imbécil; pero yo guardaba el mas completo silencio, no porque fuese poco amigo de comunicar mis secretos, sino por miedo al terrible ciclope.

Sin embargo, despues de muchas composiciones, cansado de pelotas, lleno de hastío y despecho porque un quidam se aprovechaba de mi talento, fui descuidando en las composiciones, y acabé por plagarlas de solecismos como *potebam* y otros por el estilo, los cuales exponian á mi tirano á la burla de los estudiantes y á los latigazos del maestro.

Silbado en público, y revestido á la fuerza con su piel natural de borrico, no se atrevió sin embargo á vengarse de mí; no volví á hacerme trabajar, y no me dijo una palabra, temiendo descubriese su superchería.

— Jamás lo hice, aunque si he de decir la verdad, me reía de muy buena gana cuando oía contar en medio de la clase el efecto que había causado el *potebam*.

— Acaso me mantenía en los límites de la discrecion el recuerdo de aquella mano alzada tantas veces sobre mi cabeza, y siempre presente á mis ojos, que debía rescatar naturalmente tantas pelotas mal empleadas en romperse contra las piedras. Desde entonces supe que el miedo gobierna el mundo.»

— Tiene razon Alfieri, niños míos, y como dice antes, si la maldita cofia le hizo no mentir, acaso tambien contribuyó mucho á hacerle estudioso y aplicado, para que hoy se le elogie en todas las naciones ilustradas, las cuales han trasladado á sus respectivos idiomas muchas sino todas las obras del poeta italiano.

LA FIDELIDAD MAL RECOMPENSADA.

ADRIANO Nuñez tenia un perro llamado Ariel, al cual quería mucho, y un dia que debía recibir en un pueblo inmediato una cantidad de consideracion, montó á caballo, y Ariel le acompañó como de costumbre. El animal fué testigo de todo, y vió que su amo contó el dinero, que guardó en un talego, montando de nuevo á caballo con aire satisfecho.

Ariel tomó parte en la alegría de su amo, agitándose, saltando á su alrededor, y ladrando para felicitarle. Hacia la mitad del camino se vió obligado á apearse, y atando su caballo á un árbol se dirigió á una selva; pero acordándose de que el dinero habia quedado sobre el caballo, y el primero que pasase podria llevárselo, volvió por el talego, lo puso á su lado al pie de un arbusto, y se detuvo en aquel sitio algun tiempo, marchando despues sin acordarse del dinero.

Ariel, que observaba todos sus movimientos, y que le seguía paso por paso, notó aquella distraccion, corrió á donde estaba el talego, y procuró levantarlo ó llevarlo arrastrando con los dientes; pero siendo harto pesado, volvió hacia su amo, metiéndose entre sus pies para impedirle subir á caballo. Adriano nó hizo caso de sus ahullidos; rechazó al perro, y se puso en marcha.

Admirado el perro de que sus avisos no fuesen escuchados, se colocó delante del caballo para cerrarle el paso, ladrando con furor, y mordiendo al caballo en cinco ó seis partes.

Adriano creyó entonces que su perro estaba rabioso con tanto mas motivo, cuanto que al pasar un arroyo no bebió Ariel, á pesar de ir cansado y sin aliento. Cogió pues una pistola; apuntó, y separando los ojos disparó el tiro: el perro cayó; dió unas cuantas vueltas; volvióse hácia su amo, y parecia que le echaba en cara su ingratitud.

Adriano se alejó al momento; pero antes estuvo tentado por curar al perro, lo que no hizo por un resto de miedo: caminaba pues tristemente, cuando de pronto se acordó de su talego, y al ver que no lo tenia se dirigió al sitio en que lo habia dejado. Volvió pues á carrera tendida á buscar su dinero, y un rastro de sangre que descubrió en el camino le hizo conocer su injusticia, sumerjiéndole en el dolor. Ariel medio moribundo se habia arrastrado hasta la selva para velar al menos por el dinero de su infeliz amo, y servirle hasta el último instante.

EL VIAJERO Y SU RELOJ.

Fábula.

Un joven madrileño,
De una ilustre familia descendiente,
Ansioso de viajar dejó la corte;
Mas antes de partir compró risueño,
Si la historia no miente,
Magnífico un reloj de faltriquera
Que el mejor de Madrid acaso fuera.
Dióle cuerda despacio,
Y después de arreglarlo por Palacio,
En una diligencia se embutió,
Y cruzando á Bayona,
En el noble París gozoso entró.
Tuvo tal suerte el español mancebo

Que muchos le obsequiaron á porfía,
 Sin que pasase un día
 Que no fuese invitado
 A comer en la grata compañía
 De algun marqués, banquero ó diputado.
 Mas siempre el infeliz tarde llegaba,
 Y por excusa daba
 Su excelente reloj, diciendo ufano
 Que los relojes de París tenían
 Defectos que *correrse* los hacían.
 A Londres la opulenta
 Dirigióse despues nuestro viajero,
 Y la historia imparcial sencilla cuenta,
 Que siempre fué el primero
 Que á las citas llegaba el majadero,
 Su reloj elogiando;
 Y todos los de Londres criticando.
 Un marino de canas ya cubierto,
 Del jóven conoció la tontería,
 Y así lo dijo un día,
 Que era de genio franco y muy abierto:
 «Antes que Usted naciera, señor mio,
 Yo he dado vuelta al mundo,
 Cruzando el polo frio
 Y hendiendo del Sur el mar profundo.
 Durante el largo curso de mi vida
 Diferentes países visité,
 Y diversas costumbres admiré;
 Mas nunca pretendí
 Cambiar lo que ví.
 Dejé, por el contrario, en Inglaterra
 Mis antiguas costumbres,
 De mi patria los usos olvidando
 Por los que hallaba en extranjería tierra.
 Me dice Usted que tiene
 Una joya excelente y de gran precio....
 Le doy el parabien: no la enagene.
 Si tal es su valor; pero no olvide
 Que debe por su propia conveniencia,
 Pues el tiempo lo pide,
 Reglar por el cuadrante
 De cualquier país ó tierra extraña
 Ese reloj, muy bueno para España.»

TENORIO.

